

## Homilía del 20 de febrero de 2011

«Sean santos, porque yo, el Señor, soy santo». «Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto». Estos dos mandatos—y éstos son mandatos—uno, las palabras de Dios en el Antiguo Testamento, y el otro, las palabras de Jesús en el Nuevo Testamento, establecen un estándar muy alto para nosotros.

Por un momento miremos los que la palabra *santa* y la palabra *perfecta* significan. La palabra hebrea en el Antiguo Testamento, traducido en el inglés como *santa*, significa «distinta». Los Judíos iban a ser diferentes, apartes, de la gente alrededor de ellos que practicaban a la venganza, el sacrificio humano, y celebraban su dios con la actividad borracha y promiscuidad sexual.

Dios le dice a su pueblo de que ellos deben ser santo, distinto de tal manera de vida.

La palabra griega en el Nuevo Testamento, traducido en español como *perfecta*, significa «madura», «terminado», «concluido», o «perfeccionado». Perfecto en este sentido refiere a nosotros como un trabajo en progreso, un trabajo que en última instancia deben a ser completado. Aún con estos entendimientos, estos dos mandatos establecen un estándar tan alto que muchos de nosotros simplemente los ignoran, pensando en ellos como ideales tan exaltado que son más allá de nosotros los simples seres humanos.

Pero el contexto en que encontramos los dos mandatos los sujeta y los lleva más cerca de nosotros. «No odies a tu hermano ni en lo secreto de tu corazón. . . . No te vengues ni guardes rencor de los hijos de tu pueblo. Ama a tu prójimo como a tu mismo».

Yo sé que es más fácil decir éstas palabras que aplicarlas en nuestra vida diaria. Este fin de semana oí a un hombre tratando de perdonar a su hermana. Ella no había venido a visitar a su padre en muchos años, y no vino siquiera cuando se acercaba su muerte. Cuando le dijeron a ella que su padre había muerto, dijo, «Bueno, yo no creo que vaya allá. Yo no lo vi cuando estaba vivo, y tengo una cita con el médico el día del funeral».

Yo sé que es difícil para nosotros a olvidar o perdonar a una persona cuando nos han tratado con desprecio y falta de respeto o cuando alguien que amamos ha sido maltratado o desatendido . Yo sé que podemos sentir traicionados y violados cuando alguien, a veces incluso un miembro de nuestra familia, nos roba; y yo no sé cómo yo respondería si mi esposa y mis hijas hubieran sido torturados y asesinados como lo fue la familia de un hombre.

La mayoría de nosotros, si no todos nosotros, olvidamos lo que Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesús nos mandaron para cuando nos asalten, o cuando alguien nos humilla o se burla de nosotros. Cuando pensamos en los crímenes atroces que algunas personas cometen, nos sentimos tentados a pensar que seguramente el Señor no refiere a estas personas terribles cuando él dice, «Perdónalos» o ámenlos».

Ustedes y yo sabemos, sin embargo, que el odio devora nuestras entrañas como la moho devora el hierro. Sabemos que la venganza a menudo trae venganza a cambio. Sabemos que la violencia a menudo provoca más violencia.

El mártir de los derechos civiles, Martin Luther King, Jr., cuya liderazgo no-violento transformó el Sur, donde crecí, dijo: «El odio paraliza la vida; el amor la pone en libertad. El odio confunde la vida; el amor la pone en armonía. El odio oscurece a la vida; el amor la ilumina».

Así cuando nuestro Dios que es nuestro Padre, Dios que es nuestro Señor Jesucristo, nos dice que seamos santos, que seamos perfectos, él no nos está diciendo que éstos son simples ideales. Él no nos está diciendo que son buenos para meditar. ¿Recuerden lo que oramos todos los domingos? «. . .perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden . . . .» ¿Quieren ustedes ser perdonar en la manera y en la medida en que ustedes perdonan a los demás?

Otra vez escuchan a la Palabra de Dios.

Yo, en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, y hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda la lluvia sobre los justos y los injustos. Porque, si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y, si saludan tan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos?

Distingámonos de los que odian, de los que buscan venganza, de los que abusan de los otros. Criémonos en la madurez de nuestro Señor Jesús. Y que Dios el Espíritu Santo nos llene del amor de Dios para que podamos ser santos, para que podamos ser perfeccionados.